

Vivo y basta. Muerdo los frutos amargos
de mi otoño, anuncio de un vecino invierno;
para mi fastidio los días son largos,
ásperas las piedras, y el camino, eterno.

¡Bah! ¡No importa! Deja que alumbre mi paso
una intermitente luz de poesía;
yo voy como todos, sin rumbo, al acaso...
Bebe, y no preguntes si hay hiel en el vaso:
¡Déjame que ría!

LOS SONETOS DE LA VIDA QUE PASA

A LA INTRUSA

No, rondando mi casa, desconfíes
de entrar en ella; ven, estoy dispuesto
para emprender el viaje; soy un resto
inútil, de pasados frenesíes.

Como única esperanza me sonríes;
en el herido corazón te ha puesto
el dolor, tal como en el frágil tiesto
reflorece una mata de alhelíes.

No te salí a buscar por no hacer ruido;
por hundir mi tristeza en el olvido,
y así calmar la fiebre que me abrasa.

Entra, y extingue al fin, días inciertos;
que, a recibirte, siempre están abiertos
mi corazón, mis brazos y mi casa.

A CASANDRA

Noble criatura: Tu incesante anhelo
de atormentada vida; la tortura
del Dolor y la Muerte; la amargura
visionaria del Mal y el Desconsuelo;
el afán de cilicio y de flagelo
para tu carne joven; la locura
de tu alma—cáliz lleno de ternura
donde florece un pálido asfodelo,—
insanias son en que tu sér apura,
en ideal y falsa desventura,
cuanto de hermoso y grande te dió el cielo.
; No hay en la juventud, noble criatura,
llanto sin risa, sombra sin blancura,
tristeza sin placer, ala sin vuelo!

TERQUEDAD AMOROSA

Ni un momento te olvido, ni un momento
he dejado de amarte. Todavía
en mi espíritu vives, y eres mía,
y a ti va, sin cesar, mi pensamiento.

Por mi profundo desfallecimiento
pasa una débil sombra de alegría
cuando la voz de tu melancolía
responde, suavemente, a mi tormento.

Como fecunda savia corre el llanto...
No, mi bien, no murió en la Primavera
la pasión que tú cantas; duerme, en tanto
que se cubre de nieve la pradera...
¡La esperanza resiste al desencanto,
las flores vuelven, y el amor, espera!

QUEJA ARCAICA

Es cierto que yo tuve en mi mano un tesoro,
una joya divina que fue mi talismán;
lo que para Aladino su lámpara de oro
y para Cenicienta su chapín de cristal.

Regalo de una fada, cuyo recuerdo adoro,
me dió el encantamiento de la felicidad:
para mis goces, risa; para mis penas, lloro;
para mis sueños, alas; para mis hambres, pan.

La Vida, que es ladrona, me acechaba. Y un día
pregunté: ¿dónde guardo mi ideal, mi alegría,
mi pasión, mis anhelos, mi maldad, mi virtud?

Nada me queda, nada. ¿Qué me importa, alma mía,
que hoy la Gloria me llame y el Amor me sonría,
si he perdido el tesoro de la infiel juventud?

SERENIDAD

Ya va casi la jornada de rendida
y aun camino melancólico y risueño ;
los triviales incidentes de la vida
no enturbiaron la pureza del ensueño.

¡ Alma triste que en Otoño estás florida,
y embriagada de aromático beleño,
y en la sombra, con tu lámpara encendida,
vas, impávida, en el éxtasis de un sueño !

Ni la sangre que ha brotado de tu herida,
ni el dolor, que a tu esperanza fue pequeño,
amenguaron esta llama inextinguida
en la que arde tu tristeza como un leño...
Los vulgares episodios de la vida
no mancharon la blancura del ensueño...

LUBRICA NOX

Miré, ávido, tus ojos, cual mira agua un sediento;
mordí tus labios como muerde un reptil la flor;
posé mi boca inquieta, como un pájaro hambriento,
en tus desnudas formas ya trémulas de amor.

Cruel fue mi caricia como un remordimiento;
y mi placer amargo, con mezcla de dolor,
se deshacía en ansias de muerte y de tormento,
en frenesí morboso de angustia y de furor.

Faunesa: tus espasmos fueron una agonía.
¡Qué hermosa estabas ebria de deseo, y qué mía
fue tu carne de mármol luminoso y sensual!

Después, sobre mi pecho, tranquila te dormiste
como una dulce niña, graciosamente triste,
que sueña sobre el tibio regazo maternal!

Agosto de 1911.

LA MUCHACHA A MISA VA

Y así va por la calle del barrio... ¡Con qué prisa,
menudamente, anda! Y un aire de coqueta
santidad embellece la juvenil silueta
de un mantón picaresco sobre una falda lisa.

Verde follaje asoma por las tapias. Irisa
lumbre solar, los muros. Y silenciosa y quieta
está la calle, y una fragancia de violeta
y de incienso perfuma las alas de la brisa.

El esquilón del templo llama, impaciente, a misa;
y ella va... Mas, de pronto, se detiene indecisa:
bajo un árbol la aguarda su galán, su poeta.

—
¡Símbolo de mi alma, a quien una sonrisa
de amor, detuvo siempre que, devota e inquieta,
fue, camino del templo, para oír una misa!... .

Julio de 1911.

A UN AMIGO CORRIENTE

Si la onda de lágrimas que inunda
el corazón, perpetuamente, sube
y los ojos empaña, como nube
gris que el mundo exterior vela y circunda;
si, rompiendo la íntima coyunda,
toca el dolor, que encadenado tuve,
con sus radiantes alas de querube
mi frente, de amplitud meditabunda,
no turbes ese instante de mi duelo
con tu fingida compasión; resiste
al efímero impulso del consuelo,
y déjame... ¿Qué sabes tú si existe
—dón milagroso, luminar del cielo—
el placer inefable de estar triste?

Enero de 1913.

PLEGARIA FUNEBRE

Por el alma de Justo Sierra.

Padre y maestro: enfrente del medallón oscuro
que, en bronce, reproduce tu olímpico perfil,
a solas, en mi casa, pensando en lo futuro,
yo siento que contigo la muerte fue gentil.

Eras tú sabio y bueno; tu corazón fue puro
y cándido; tu alma, sublime e infantil;
tu pensamiento, nítido como un diamante; duro
tu pecho a las saetas de la maldad; viril
tu verbo noble; hirviente de luz tu poesía...

Hoy, todo es sombra y fango.—¿De qué te serviría
tu genio portentoso, nutrido de ideal?...

La muerte fue piadosa; cuidó de tus quimeras
y te cerró los ojos para que, así, no vieras
el triunfo delirante y espléndido del Mal.

Junto 12 de 1914.

TRIPTICO DE LAS SATIRAS TRISTES

UT FATA TRAHUNT

No abandonó mis labios la suave y maliciosa sonrisa, que, en mi cara morena, es como sello jovial de escepticismo. No se apagó el destello de alegría en tu rostro....

Fue un instante de prosa vulgar e indiferente, aquel instante;—cosa pueril; ¿qué candoroso pone atención en ello?— Saqué de mi gaveta tus cartas, tu cabello, tus flores, cual se sacan los restos de una fosa, y te los dí. Tu mano tomó aquellos despojos... Y al estrechar la mía, se hablaron nuestros ojos. ¡que siempre en mis recuerdos esa mirada irradie!) —“Está muy bien”—dijiste.—Yo pensé: “Todo pa- Y se quedó mi vida lo mismo que la casa (sa)... le donde sale un muerto sin que le llore nadie.

CHARLA IMPUDICA

...Y fue una mezcla rara de lascivia y ternura;
un maridaje extraño de ideal y miseria;
se encontraron un día mi locura y su histeria,
y confraternizaron su histeria y mi locura.

¡Qué florecer de ensueños en la caricia impura!
¡Qué brillar de ilusiones en la odiosa laceria!
¡Qué placer doloroso!....

—No se ponga usted seria,
señorita, interrumpo la trivial aventura.

Yo doy principio a un lance callejero.... ¡qué asco!
y usted pidió una historia romántica.... ¡qué chasco!
Señorita, perdóneme... ¿Lo que sigue? Es muy feo...
(el pecado y la carne forman vínculo fuerte).

¡El final de la historia?... La lujuria y la muerte...
—¡y aun después de la muerte la obsesión del de-
(seo!—

Abril de 1911.

SALUTACION AL SOL

Llegas tranquilo, sol de la mañana,
y reproduces, fiel, en el espejo,
con el oro sutil de tu reflejo,
mi faz marchita y mi cabeza cana.

Una pena suave, una liviana
alegría, sin mezcla de complejo
estado psicológico, hacen viejo
mi espíritu con una vejez sana.

Tú envejeces también, según los sabios,
y sufrimos del tiempo los agravios
juntamente.—Todo es cuestión de días.

¡Ah, buen sol, el vivir es un profundo
problema! Calentemos nuestro mundo
en tanto que yo expiro y tú te enfrías...

Agosto de 1912.

VESPERTINAS

VESPERTINA VIII

Te vas por el camino polvoriento
que en la triste llanura se dilata,
mientras el gran crepúsculo de plata
se obscurece como un presentimiento.

Calladamente vas, a paso lento,
por la penumbra gris. Y se desata
el aire de la noche.—¡Adiós, ingrata!—
gime, en la voz del aire, el pensamiento.
Me despedí sin llanto y sin lamento.

—¡Qué muda está la pena que me mata!—

—Ya estoy solo otra vez...—digo, y me siento
a esperar el instante que rescata
de toda angustia y todo sufrimiento...
y aun te columbro, en el confín de plata,
marchar por el camino polvoriento.

Abril de 1910.

VESPERTINA IX

Fue una tarde, del viejo jardín en la rotonda.
Las luces del Poniente brillaban en los pinos
con púrpuras sangrientas. Y un vendaval de trinos
sacudía, en lo alto, la cincelada fronda.

Sentados en el tosco brocal (en que la onda
de plata, de la fuente, deshecha en cristalinos
aljófares, cantaba), cual chispas en endrinos
velos, de las luciérnagas mirábamos la ronda.

Agonizó el Ocaso de tonos ambarinos.
Y una estrella lejana—diamante de Golconda,—
temblando en los azules y transparentes linos
del tramonto, argentaba tu cabellera blonda.

Y vi arder en tus ojos, profundos y divinos,
la puesta de sol de una melancolía honda,

y desflorar tus labios, anémicos y finos,
una sonrisa triste como la de Gioconda...

—
Y así cayó la noche frente a nuestros destinos.

Septiembre de 1911.

VESPERTINA X

Avemaría.

Ya palidecen, en azul, las llamas
de sangre luminosa, del Poniente,
y el diáfano violeta del ambiente
complicándose va de oscuras tramas.

Propicio cuadro a mis internos dramas:
el jardín, como yo, tristeza siente,
llora en silencio el chorro de la fuente,
y se querella un pájaro en las ramas.

Llega a mí, débil, soñador, retiño,
el *Angelus* del templo que blanquea,
como remota aparición de armiño,
sobre el verde brumoso de la aldea;
y una plegaria que aprendí de niño
mueve mis labios y mi vida oreá.

Septiembre 4 de 1912.

VESPERTINA XI

En la cumbre.

Y una luz de esperanza, que de lejos esplende,
como lumbre de ocaso me sonroja la faz;
el tranquilo lucero de la tarde se prende,
como clavo de plata, sobre el Orto fugaz.
A mi espalda, el paisaje del recuerdo se extiende
poco a poco, invadido por la sombra tenaz;
en la suave penumbra de mi vida, se enciende
la visión milagrosa de un anhelo de paz.
¡Amorosa fatiga, la del triste viajero,
que, tras luenga jornada, llegó al fin del sendero,
apoyado en los hombros de una fiel ilusión;
y se pára en la cumbre del misterio divino,
con un sueño en el alma, y una fe en el destino,
en los labios exangües una vieja canción!

Septiembre 1.º de 1912.

VESPERTINA XII

Tal como si la hubiese labrado en duro jade,
a golpe de obsidiana, prehistórico escultor,
en ásperos manchones la erguida hierba invade
el llano polvoriento que reverbera al sol.

Los grises cortinajes del horizonte dejan
transparentarse el dorso de la montaña azul,
cuyos perfiles, llenos de suavidad, reflejan
la milagrosa y virgen blancura de la luz.

Un árbol a lo lejos, parece, oblicuo y mondo,
trazo de tinta en una lámina de cristal,
y diseñada en sepia, sobre el claror del fondo,
una cabaña yergue su techo triangular.

Tedioso e invernizo paisaje sin figuras
éste que, tarde a tarde, miro desde el balcón

de mi casa de barrio que huye de las impuras
entrañas de la urbe, como buscando sol.

Aire, sol y silencio, y espacio libre, para
echar por las divinas regiones de zafir,
como un ave, mi angustia... La soledad ampara
la tristeza, y yo tengo tristeza de vivir.

Es ora la magnífica metrópoli, espelunca;
mi hermano el hombre, es lobo famélico y brutal;
la vida es odio y cólera...

(Mas tú no cambias nunca,
Naturaleza, madre de amor y de piedad!

Mi casa y yo, en silencio, te agradecemos esta
tarde maravillosa de calma y placidez,
que sólo turba el ruido de la ciudad funesta
donde, entre sangre y fuego, luchan Caín y Abel.

A nuestra espalda truenan los ecos del combate;
soplan los estentóreos alientos del cañón,
y la ciudad, convulsa y amedrentada, late
desesperadamente como un gran corazón).

Las ambiciones locas, las deslumbradas iras
fingen un grito unánime de bien y libertad;
y entre el hervor sangriento de infamias y mentiras,
mi casa y yo pedimos sólo una cosa: paz.

Paz, la de este monótono paisaje sin figuras,
paz de cielo y de tierra que están en oración,
paz que, en luz milagrosa, viene de las alturas
y santifica el alma, como una bendición.

¿Por qué a esta dulce calma con mi ansiedad res-
Esta quietud inmensa, de púrpura y zafir, (pondo?
¿será un dolor que calla?... Y aquel árbol del fondo
se inclina suavemente como diciendo: sí.

¡Ah! si como en el Orto, que empasta la neblina,
se ve surgir la cumbre bañada en claridad,
pudiera, en su horizonte, mi sueño que declina,
ver siempre el anhelado perfil del ideal!

Mas no: mi pecho turbio, frente a esta tarde clara,
siente tristeza, tedio, desencanto, una rara

náusea moral, deseo de que se abrevie el fin;
misericordia y asco...

La soledad ampara
las vergüenzas. Yo tengo vergüenza de vivir.

Febrero 13 de 1913.

ELEGIAS